

EL MADRILEÑO,

SEMANARIO DE LITERATURA, CIENCIAS ARTES Y NOTICIAS.

DIRECTOR: D. LUIS ESCUDERO.

Año IV.

Madrid.—Lunes 28 de Diciembre de 1863.

Núm. 49.

SUMARIO.

Revista extranjera por X...—Donacion inter-vivos, por L. Escudero y Perosso.—La Calumnia.—Asesinato, episodio histórico.—El Soltero, por Bicescoll.—Nazaret y Bethlem.—Al nacimiento del Hijo de Dios, por E. Llofriu y Sagarra.—Anuncios.

REVISTA ESTRANJERA.

Hé aquí el despacho que con fecha 8 del corriente ha dirigido Mr. Drouyn de Lhuys ministro de Estado del emperador Napoleón á sus representantes en las demas naciones de Europa.

«Señor...

Los soberanos han respondido á la carta del emperador, y en sus respuestas, todos han rendido culto á la iniciativa atrevida que manifestando los peligros de la situación, propone para conjurarlos los medios mas pacíficos y leales.

Como sabéis, la mayor parte de las córtes se han adherido sin reserva á la proposición de Francia; otras la han aprobado con ciertas restricciones, pidiendo que el gabinete francés formule de antemano el programa de las deliberaciones futuras.

Los soberanos alemanes, favorables personalmente á la idea del Congreso, han tenido que subordinar su conducta á la resolución colectiva de sus confederados. La respuesta de la Dieta germánica no ha llegado todavía á nosotros. Una sola potencia ha rehusado: Inglaterra.

En estas circunstancias debemos manifestar nuestro disgusto al gabinete británico; nuestro reconocimiento á los soberanos que han aceptado incondicionalmente, y dar una explicación á los que han pedido aclaraciones.

El gobierno francés no se ha creído autorizado á encerrar en un programa la alta jurisdicción de Europa: nada mas digno del ánimo del emperador que erigirse en árbitro. Enumerar los peligros que amenazan la paz del mundo, es supérfluo; estos peligros son evidentes. Corresponde solamente á las potencias reunidas en Congreso, decidir las cuestiones que deban tratarse y las que hayan de separarse.

La declaración del emperador del 5 de noviembre admitía dos hipótesis: una aceptación unánime, ó una aceptación parcial.

En el primer caso se habrían apaciguado los espíritus, y aun cuando no se hubiesen resuelto todas las cuestiones, se hubiera establecido relacion mas íntima entre los soberanos. Exposiciones diarias en las cuales cada uno hubiera podido emitir sus ideas, habrían acallado muchas susceptibilidades, cesando las malas interpretaciones y desapareciendo muchas preocupaciones. El resultado probable de estas negociaciones hubiera sido una saludable y honrosa transacción.

Francia, que nada tenia que reclamar para sí, en la eventualidad de un Congreso general, hubiera hecho causa comun con todos los gobiernos, para acordar las reconciliaciones, apagar los odios y reclamar las mejoras indispensables para impedir las revoluciones ó la guerra.

¿Era esto una utopía? Acontecimientos recientes han venido á probarnos lo contrario y á justificar, mas pronto de lo que creíamos, las previsiones del emperador. Muere el

rey de Dinamarca; exáltanse las pasiones, los pueblos se agitan y los gobiernos indecisos vacilan entre la letra de los tratados y el sentimiento de su país. Solo un Congreso podia conciliar los deberes de los soberanos ligados por las convenciones y las legítimas aspiraciones de los pueblos.

La negativa de Inglaterra ha hecho desgraciadamente imposible el primer resultado que habíamos esperado del llamamiento del emperador y Europa. Queda ahora la segunda hipótesis: el Congreso limitado. Depende de la voluntad de los soberanos que se realice.

Después de la negativa del gabinete británico podríamos considerar como cumplido nuestro deber, y tener en cuenta solamente nuestros intereses particulares. Pero preferimos tomar acta de las buenas disposiciones que nos han atesiguado, y recordar á los soberanos que se han asociado á nuestras intenciones que estamos prontos á entrar con ellos francamente en la vía de la comun inteligencia. Un arreglo de conducta entre las principales potencias del continente, que comprenden como nosotros los peligros del presente y las necesidades del porvenir, seria de gran peso en los acontecimientos futuros y evitaría que se fiasen á las casualidades las alianzas ó las resoluciones.

Quando se trataba de un Congreso general, el emperador no podia, sin desnaturalizar el papel que se habia trazado, formular un programa sin concertarse con algunas potencias para someter en seguida á las demas un plan combinado de antemano, y preparar de este modo, por una negociación separada, las deliberaciones en que se hubiese presentado sin preocupacion y libre de compromisos particulares.

Pero hoy, no pudiendo ser completa esta reunion, no tendrá la autoridad arbitral que hubiera alcanzado un Congreso europeo; comprendemos desde luego, que antes de reunirse los soberanos encarguen á sus ministros de Negocios extranjeros, que se entienda en las cuestiones que han de debatirse, á fin de que el Congreso tenga mas probabilidades de conseguir un buen resultado.

Estais, pues, autorizado para explicar, segun lo que precede, las intenciones del emperador en la córte, cerca de la cual estais acreditado, y á dejar copia de este despacho al señor ministro de Negocios extranjeros.

Recibid, etc.

—La Asamblea de los diputados alemanes, cuyo comité permanente se halla establecido en Frankfurt acaba de aprobar, sin discusion, la proposición siguiente:

«Considerando la Asamblea de un modo especial, la cuestion del Schleswig-Holstein, cree de su deber pronunciarse solemnemente por el bien fundado derecho de la nacion alemana, (derecho, que en las circunstancias actuales no podrá desconocerse largo tiempo) de tener una representación general, en un parlamento. La Asamblea cree tambien de su deber, hacer presente la necesidad de convocar cuanto antes este Parlamento.

Las correspondencias de Munich hablan del excelente efecto producido en el pueblo bávaro por una carta del rey de Baviera que contiene su adhesion formal á las reclamaciones de Alemania. Hé aquí la carta que es hoy un documento popular; está dirigida al ministro que ha desempeñado la cartera de Negocios extranjeros durante la ausencia del rey:

«Aprobando la política que habeis seguido hasta el dia, aprovechó la ocasion para declararos que continúo rehu-

sando el reconocimiento de las estipulaciones del protocolo de Londres, y que también estoy decidido á no adherirme á ellas más tarde.

Creo que las pretensiones hereditarias de la línea ducal de Sonderburgo-Augustenburg están fundadas en la justicia, y estoy dispuesto á hacer toda clase de esfuerzos para que prevalezca esta política y para defender los derechos de los ducados de Alemania, en la firme confianza de hallarme de acuerdo en todo con mi pueblo.

Pero obedeciendo á mis deberes de príncipe confederado, y tomando en consideración el estado de las cosas, espero estar seguro del consentimiento de todos los hombres previsores, si procuro alcanzar el fin propuesto cerca de la Dieta y por la Dieta. Os encargo, mi querido ministro, que me presentéis inmediatamente las proposiciones propias para poner en práctica las intenciones que aquí os espongo, y os autorizo para hacer conocer públicamente mi resolución.

DONACION INTER-VIVOS.

Perdóneme el sábio rey de Castilla y Leon D. Alonso X, si comienzo este pobre y desalinado artículo citando una de sus mas famosas leyes.

La 1.^a tit. 4.^a partida 5.^a dice, que donacion es «bien fecho que nasce de nobleza de alma y de bondad de corazon quando es fecha sin ninguna premia.»

Y como de una donacion se trata, y esta ha de recaer quizás en alguno de mis lectores, de aqui el que no haya necesidad de disculparme con ellos si en vez de dar principio á mi artículo como Dios manda y segun es uso y añeja costumbre en esta clase de escritos, lo hago á guisa de de letrado encadenado en su profesion y ducho en revolver antiguos códices; de esta suerte se me figura que doy mas fuerza y sabor legal al acto.

Mis bienes patrimoniales (no hay que abrir el ojo, ni que dar entrada en el pecho á la codicia) consisten, en una pluma puesta en mi mano para daño propio y para daño de las letras españolas. Pero esta pluma, que no produce de ordinario sino horrones y desatinos, suele alguna que otra vez sacar del fondo del tintero un consejo provechoso, que guardo para mí, ó doy al que mejor me parece, segun es mi capricho, *bondad de corazon* y *nobleza de alma*.

Solo me falta un donatario que quiera recibir mi consejo, y voy á buscarlo entre los lectores del *Madrileño*. Habrá por ventura entre ellos alguno que me mire como enemigo suyo por razon de oficio? es decir, habrá alguno que como yo, sea un escritor vergonzante y atrevido que solo haya estudiado el mundo en el hogar doméstico y el corazon humano, en el corazon de su ex-nodriza ó cocinera.

Habrà en suma, algun incipiente novelista que como yo tambien conozca al dedillo todas las producciones francesas, traducidas se entiende, pero que ignore al mismo tiempo los rudimentos de nuestra historia patria, y no sepa dar razon al que le pregunte de si en España han existido ó han dejado de existir hombres eminentísimos en ciencias y en letras?

Si hay alguno, este será mi donatario; y desde luego debe aceptar mi donacion por aquello de que, *del escuajo el consejo*.

Parto bajo el supuesto de que ha dado con un escritor, por mas que no sepa escribir en cuarta, y sobre todo con un novelista.

Con él, sea quien quiera, voy á entenderme desde ahora, y no debe perder una palabra de las que voy á decir.

Si no encuentra para sus libros un solo asento que no haya sido esplotado con anterioridad, no solamente de ello, que dirán que es menguado su ingenio y pobre y flaca su imaginacion. Si está cansado de escribir novelas históricas, y asaz molinos, arrepentido y con la conciencia nada tranquila, por haber sembrado en ellas tanto anacronismo, quitado el pellejo á tanta noble dama y casado tanto rey á la fuerza y solo por la picara razon de estado, que se dedique á la novela social, género ultra-dramático, en el que suelen amasarse, por decirlo así, con sangre y con veneno cuantos crímenes y cuantas malas pasiones, caben en el humano su-

razon: bandidos y rámeras, artesanos príncipes, y príncipes artesanos, costureros inocentes y duquesas maledicas, son los personajes que danzan en esta clase de novelas, y para los raptos, duelos y asesinatos que en ellas abundan, no hay lugares mas á propósito que las oscuras callejas y las tabernas inmundas donde se oye de ordinario esa jerga repugnante de las cárceles y presidios, esto sin perjuicio de que se coloque la acción alguna que otra vez en los brillantes salones donde está prohibido, segun los novelistas de hoy día el hablar como hablaban nuestros padres y nuestros abuelos.

Si el novelista á que me dirijo se horroriza á lo mismo de sus obras, despues de haber horrorizado á los que las leian, no desmaye por eso, y acuda á la novela de imaginacion. Aqui será ella; á su antojo se levantarán las piedras de los sepulcros, y de buena ó de mala gana saldrán los que en ellos duermen con el sueño eterno de la muerte.

El sonido de su potente voz, hallará *obediencia en los mármoles y oídos en los muertos* (1), y los esqueletos descarnados, envueltos en sus blancos sudarios, los unos por pudor, los otros *par feio*, danzarán de una manera fantástica, ó contarán para entretener el tiempo, sus lúgubres historias. Todo esto, y mas que callo, el graznido de las aves nocturnas y el canto lejano de los sepultureros, mezclándose con el crujido horrible de los huesos, formarán un cuadro capaz de hacer erizar los cabellos al tétrico lord Byron ó al mismísimo autor del *Bau de Islandia*.

No hay que admirarse, y estos son percances del oficio, si la censura, ó mas bien, el gobierno por medio de una ley votada en Cortes, prohíbe estas obras por perniciosas á las buenas costumbres, y por dañinas á la salud, pues, tengo para mí que mas de una cabeza ha debido trastornarse con su lectura y mas de una pobre é impresionable doncella, ha deseado beber la sangre de su rival en el cráneo de su traidor amante.

Otras veces debe ser el diablo en persona el que ha de salir á campaña, transformado en galán de amorosas aventuras, ó convertido en héroe de infinitos dramas que trascienden á cien leguas á azufre y alquitran. Mucho partido han sacado algunos de nuestros escritores de este *interesantísimo* personaje, y á propósito, recuerdo haber leído, no sé cuándo ni dónde, que hallándose el enemigo del género humano en la villa y corte de Madrid, á la que es muy aficionado por desgracia, fué invitado por una alta y poderosa señora para que asistiese á uno de sus anillos, bailes, *sotées*, ó como quiera llamársele. No hay que extrañar el que la noble dama quisiera atraer á sus salones donde concurría lo mas granado de la aristocracia, de sangre y de dinero, al que en aquellos dias era el panto de la corte por sus trajes, su elegancia y sus fabulosos gastos.

Olvidábaseme decir que la escuela de convite no iba dirigida á Satanás, Luzbel ó Belzebú, como parecia natural y razonable, sino al señor conde de *** por que conde era y muy conde, si bien no puedo recordar á punto fijo si el título que usaba pertenecía á la aristocracia nacional ó á la extranjera.

Presentóse nuestro héroe en el palacio de la ilustre señora, ocultando bajo el nombre supuesto que llevaba su origen infernal, y bajo el riguroso traje de etiqueta su odioso y repugnante catadura, y muy pronto, cuantos poblaban los salones lo declararon por rey de la fiesta. Perdió al juego enormes sumas con un aplomo envidiable; los billetes pasaban de su cartera á la cartera del banquero, que mas tarde, segun advierte el autor en una nota oportunísima, se suicidó, cuando al llegar á su morada hallóse con que todas las ganancias de aquella noche se habian convertido en pavesas. Cuando el diablo abandonó el tapete, recorrió las salas del baile; danzó con las damas, habló de política y de otras muchas cosas con los galanes, y por último, despues de haber apurado un sorbete y famoso un escocote habano, sentóse al clave donde con una magnífica voz de barítono interpretó admirablemente los mas difíciles trozos de Maveerber y de Mozart. El diablo es apasionadísimo, como se sabe á la música alemana.

Iba á terminarse la fiesta, cuando por uno de esos caprichos tan propios del esotérico príncipe de las tinieblas,

(1) Quevedo; *sueño de las calaveras*.

ocurrió á este contar una historia curiosa, y mas que curiosa verídica. Solicitó permiso para hacerlo y despues de otorgado por cuantos se hallaban presentes, tomó asiento junto á la dueña de la casa, criolla de 55 años, viuda, de hermosura indisputable, de inmensa fortuna y de la cual se hacian lenguas todos cuantos la trataban, alabando su acrisolada virtud y sus recomendables dotes. Comenzó el diablo su relacion; las alusiones fueron tan directas, la descripción física y moral que hizo de su heroína, convino de tal modo con las prendas de la opulenta india, que ninguno de los circunstantes دادó un momento que fuese de sta la historia que escuchaban.

Y por cierto que era una historia tóbrega y sangrienta la que los circunstantes oyeran de boca del diablo.

La hermosa viuda palideció primero, estrechóse despues, viendo que á medida que adelantaba el narrador se fijaban en ella todas las miradas; y se desmayó por último; cuando los circunstantes, despues de terminado el relato, se alejaron de ella, lanzando un grito de espanto y de sorpresa.

La linda y virtuosísima criolla era un monstruo de maldades; se había casado tres veces y fué adúltera despues de haber sido incestuosa y parricida. Dió á su primer marido un tósigo mas activo que el que dió á haber Mesalina al emperador Claudio; ahorcó á su segundo esposo con un cordón de seda, de igual modo que Juana de Nápoles ahorcó al príncipe Andrés de Hungría, y clavó en las sienas del tercero un agudo clavo, semejante al que una doncella de Israel atravesó en las del terrible Sisára.

El libro en donde lei tanto desatino concluía de este modo:

«La opulenta viuda exhaló poco despues el último suspiro.»

«Los tertuliantes quedaron aterrorizados de espanto y sin atreverse á dirigir sus miradas hácia el sitio en donde poco antes se hallaba sentado aquel que trocó en luto y en tristeza, el placer y la alegría que llenaban sus corazones.»

«Cuando los ojos de todos quisieron buscar el misterioso personaje, éste había desaparecido.»

«Desde entonces, nadie le ha visto frecuentar los altos círculos de la corte.»

Con perdon sea dicho del autor de esta peregrina historia, mas pareceme que es él, y solo él, quien no frecuenta esas altas regiones á que se refiere, pues si así fuera, mas de una vez habria topado con Satanás, bajo la figura de un apuesto mozalvete, de una graciosa y linda doncella, de alguna pretérita beldad, ó de ciertos gravísimos personajes llenos de cruces y condecoraciones.

Sazónense estas y otras lindexas por el estilo, con unos cuantos vocablos exóticos, de esos que se fijan desvergonzadamente en el diccionario de la lengua, despues de andar revoloteando algun tiempo á su alrededor, y tendremos una obra acabada y digna de figurar en la mas escogida biblioteca.

Un libro en donde domine la moral, la naturalidad y la correccion, y en el que los personajes que formen la trama, vistan como vestimos todos, y hablen como todos hablamos, no encontraria editor que lo publicara ni lector que lo leyese.

Ésta es la regla general, donatario mio, ó por mejor decir mi jóven novelista. Si al acabar de leer estos mal leuzados renglones me dicen que tu frente se ha cubierto de rubor, esa es buena señal; seguro estoy de que en lo sucesivo no cogerás la pluma mas que para imitar á honrosísimas excepciones; mas sí, por el contrario, te ries desdeñosamente y llevado por tu necia vanidad desconoces el fin que me he propuesto al hacer esta donacion interdicta; si juzgas que no debes aceptarla.... Concluiré mi artículo, diciendo con Horacio:

...Quid viles? antato nomine, de te Fabula narratur.

L. Escudero y Parosco.

LA CALUMNIA.

I.

«En tanto que subís trabajosamente la montaña negra de Berner, situada al estreño del caluroso reino de Lador, solo encontráis en vuestro camino rocas estériles y descarnadas; pero cuando habéis logrado al fin llegar á la cumbre, tenéis sobre vuestras cabezas el pabellón del cielo, y á vuestros pies el magnífico reino de Cachemira.»
(Bernardino de Saint Pierre.)

Caminando desde la ciudad de Lorca hácia el Burgo de Osma, levántase sobre la cumbre de un elevado risco un gracioso pueblecito de sesenta ó ochenta casas á lo mas, y cuyo riquísimo aspecto dilata agradablemente el ánimo fatigado por estensos aires y purpúreos veranos.

Aquel enorme peñasco cortado en ángulo recto, y cuya grandeza lleva el augusto sello de la mano de Dios, se halla dividido en su vértice por una abertura profunda, escabrosa pendiente donde se van escalonados rebasos de retozonas y pintadas cabras, que pastan alegremente entre las olorosas matas de romero y tomillo que guarnecen las grietas y sinuosidades de las rocas.

Lamiendo el pie de aquella gigantesca mole, que hace recordar al viajero la pintoresca y erizada cordillera de las Asturias de Leon, corre un alegre riachuelo encajado en su anudido lecho de verdura, y cuya risueña vega guarnecida de encinas y nogales se levanta como un oasis en medio de aquellas áridas y solitarias campiñas.

Los fundadores de aquel pequeño pueblecito, águilas inteligentes que fabricaron sus nidos cerca del cielo, eran, á no dudarlo, verdaderos amantes de lo bello y entusiastas admiradores de todas las armonías de la naturaleza.

Desde aquellos humildes y blancos caseríos la vista se estiende sobre un soberbio y variado panorama, comparable solo al que nos describen los entusiasmados comentaristas de la Suiza.

Informes y gigantescos pilares, colosales figuras, caprichosas grutas, y allá abajo, sobre una alfombra de verdura salpicada de flores, las frescas ondas del río, plateada serpiente que arrastra sobre la menuda arena sus gigantes anillos, en los que quiebra el sol sus rayos de oro.

Luego la vega, la delictosa vega con sus huertecillos y palomares, con sus nogales gigantescos y sus ahosas encinas.

La familia de Santiago era en 1854 una de las mas dichosas que vegetaban en el pueblecito de C.

Santiago y Maria, padres de una familia numerosa, eran sin embargo tan pobres, que apenas cogían el trigo suficiente para el año, ayudándose Maria con su habilidad en trabajar medias finísimas, que sus hijos iban á vender al Burgo de Osma los dias de mercado.

Pero en medio de su pobreza poseian aquellas buenas gentes el verdadero tesoro, la resignacion evangélica, esa resignacion que hacia repetir á Maria con toda la fe de los elegidos:

—Santiago, no te dejes abatir jamás por la desgracia; la fe es un tesoro que se aumenta á medida que nos acercamos al sepulcro; la muerte es el principio de la vida.

Maria acababa de casar á su hija mayor, pobre pero honradamente, quedando con los niños varones, á los que educaba en los rígidos sentimientos de una sana moral.

Andrés, gallardo jóven, frisando ya en los diez y nueve años, ayudaba á su padre en las faenas del campo.

El tercer hijo habitaba en casa de uno de sus tíos, donde mas dichoso que sus hermanos bajo el punto de vista material, vivia sin embargo los ojos hácia el pobre caserío donde había visto la luz.

Los otros eran todavia niños de corta edad, descolgando entre otros Feliciano, gracioso gaterilla de nueve á diez años, que tenia enguñados con sus travessuras al buen Santiago y á su escoliente madre, de la que había sido siempre el jóven predilecto.

Llegó el verano y con él las aves peregrinas, que abandonaron á Madrid, desparramándose por todos los pueblecitos y aldeas de la península.

Entre los madrileños que acudieron aquel año á tomar los baños de río, descolaba por su falacia y osadía un jóven calavera, hijo del mismo pueblo, y que llevaba ya en la corte algunos años, como dependiente de uno de los principales comercios de sedería.

Fulgencio, que así se llamaba el cortesano, era el compañero inseparable de Andrés, sobre el que ejercía una influencia sin límites.

Amigos desde la infancia, ambos habían experimentado al separarse un verdadero disgusto, y su amistad robustecida por cuatro años de fiel y cariñosa correspondencia, había echado en

ambos corazones tan profundas raíces, que Fulgencio no pensó ya más que en llevarle, olvidándose en su egoísmo de que arrendaba a los honrados labradores su mas útil apoyo.

Andrés era laborioso, inteligente, y su imaginación germía ahrorojada en aquel suelo, que parecía estar en cierto modo aislado del resto del universo.

—Andrés, le dijo un día Fulgencio... es preciso que te decidas á dejar este desierto, donde el espíritu se consume sin haber vivido.

Andrés dió un salto, como si hubiese sentido la mordedura de un víbora, y fijó sobre Fulgencio una mirada llena de tristeza.

—Es preciso, prosiguió el cortesano, porque tú no has nacido para labrar la tierra. Madrid con sus edificios grandiosos, con sus conocimientos al alcance de todas las fortunas, te ofrece todos los elementos que necesitas para labrarte una posición decorosa é independiente. Créeme, Andrés; no vuelvas ante vanos escrúpulos... ¿qué puedes prometerte en esta oscura y miserable guarida?

Andrés nada respondió, pero estrechó convulsivamente la mano de su amigo, y en sus oscuros ojos brillaron dos lágrimas ardientes, entre las que iba cavuelta toda una historia de amor, del amor filial luchando brazo á brazo con la santa ambición de ser, de sentir, de comprender los arcanos de la sabia naturaleza, y elevarse sobre la inmensa turba de parásitos, que nacen y mueren envueltos en el tupido velo de la ignorancia.

La proposición de Fulgencio había despertado en su alma un deseo que ya creía dormido, y sin embargo, Andrés pensó en María y Santiago, y opuso á su amigo una vigorosa y enérgica resistencia.

Fulgencio comprendió que había puesto el dedo en la llaga, y guardó silencio, dejando al tiempo la resolución de aquel sencillo y bien trazado problema.

En efecto, Andrés se pasaba las noches enteras sin dormir, esforzándose en alejar de su calentado cerebro la idea que le dominaba, y que iba tomando cada vez mas fuerza para combatir sus amantes escrúpulos.

Fulgencio permaneció en su pueblo todo el verano y una gran parte del otoño; pero cuando las hojas de los árboles, alumbrando los campos, arrancaron á la naturaleza su mas precioso adorno, el cortesano recogió veas, y dando el último adiós á su pais natal se dispuso á regresar á Madrid, donde le aguardaba como siempre una nueva serie de alegres y desordenadas aventuras.

Andrés, que se habia hecho hasta entonces la ilusión de creerse fuerte en sus propósitos, sintió desfallecer su ánimo y levantarse mas poderosa que nunca la fuerte tentación.

Aquella misma noche, y cuando María echaba tranquilamente su cálculo para conjurar las necesidades del próximo invierno, Andrés atormentado por sus nuevas ideas, cayó de rodillas á sus pies, refiriéndola con voz entrecortada sus insomnios, sus combates y la resolución que habia tomado al fin de ir á buscar en el estudio el camino de un honroso porvenir.

María exclamó un grito, y contempló durante algunos minutos á su hijo, como si no acabase de comprender aquellas dolorosas palabras, luego le estrechó contra su corazón, derramando un torrente de lágrimas sobre aquella cabeza querida, en la que habia cifrado todas las esperanzas de su vejez.

En su sencillez María habia llegado á olvidarse de que habia un mundo poblado de ciudades, donde los hombres sedientos de saldaría disputan á la naturaleza sus profundos arcanos, y de que los inteligentes que Dios ha marcado con un sello divino, necesitan una multitud mas dilatada que la de las aldeas y pueblitos que guardan los alrededores del Burgo de Osma.

Aunque herida en lo mas íntimo de su corazón, aquella pobre mujer comprendió desde luego en su delicadeza que toda madre debe sacrificar su felicidad por el bien de sus hijos, y lejos de contrariar su resolución, le estrechó de nuevo contra su pecho, comendándole de bendiciones y animando á Santiago, que nunca valeroso que ella, honra hundiéndose en un rincón del establo, trabalicando la suerte que le dejaba solo para subvenir á las necesidades de sus tres hijos, que demorando niños todavía, no podian prestarle durante muchos años, mas que una pobre ayuda.

Andrés cubría de besos las manos de su madre, dejando coetras las lágrimas que nublaban sus fatigados ojos.

—Hijo de mi corazón! exclamó de repente la pobre madre, retrocediendo ante el pensamiento que acababa de surgir en su cerebro, y qué será de tí en ese Madrid, donde tanto se necesita, y adonde vas exhausto completamente de recursos? ¿Qué será de tí en ese mundo desconocido, donde, segun nos ha dicho el señor cura, no hay padre para hijo ni hermano para hermano?

—Madre! respondió Andrés, estrechándose ante aquella idea terrible... Fulgencio no me dejará morir de hambre.

María mantuvo tristemente la cabeza.

—Dios me protegerá! respondió Andrés, estrechando convulsivamente las manos de su madre: que es él quien alimenta las ave-cillas que giran errantes en el espacio, y calma el dolor de los que se encuentran sin amparo en este valle de miserias?

María le abrazó de nuevo, trazando sobre sus abundantes cabellos la señal de la cruz.

Andrés se arrojó entonces en brazos de su padre, que continuaba gemiendo como un niño.

Santiago le bendijo tambien.

Al dia siguiente Andrés, partido el corazón de dolor, abandonaba las rocas donde habia visto brillar el primer sol, llevando por todo recurso unas cuantas monedas de plata que sus infelices padres habian logrado reunir.

Fulgencio comenzaba riendo y preparándose alegrementa para su campaña de invierno.

Andrés pedía al gran dispensador de todos los bienes con-suelos para su pobre madre, que le habia enseñado á orar en Dios, y cuyo santo recuerdo debía servirle de escudo contra las tempestades del mundo.

(Se continuará.)

ASESINATO.

EPISODIO HISTÓRICO.

La notable hermosura de doña Sancha, descendiente de la familia de los Fernandez, encendió amoroso fuego en el joven corazón de D. Alfonso VII, emperador de Castilla y de Leon, que subió al trono el año 1122.

Correspondióle la dama, pero no podia entregársele por su hermano Martin Fernandez, caballero de integridad, que cuidaba de ella como un padre, y ella como á un padre le temia.

La pasión creció en el pecho de doña Sancha, y doña Sancha para librarse de obstáculos, convenenó con verías á su hermano caminando por un crimen para conseguir un deseo ilícito.

El fruto de este enlace ilegal, fué doña Estefanía, que su padre el emperador casó con Ruy Fernandez de Castro.

Los primeros dias del matrimonio de doña Estefanía y Ruy fueron felices, pero no tardó en nublarles horrible desgracia.

Una camarera de doña Estefanía, cuando su amo se ausentaba, cubriase con el pellon de su señora, vestido talar de pieles usado entonces, y pasaba las altas horas de la noche en el jardín de casa con su adorado doncel.

Vieronla al fin algunos de los pajes, y la confundieron con doña Estefanía por el pellon bien conocido de ellos. Comunican el secreto al amo, y el amo quiere asegurarse él mismo de la infidelidad de su esposa, y fingiendo que vuelve á ausentarse, despídese de ella, y al tenderse las sombras de la noche por los campos, se esconde entre el follaje del jardín.

Llega la hora de la cita; la camarera se presenta cubierta con el pellon de doña Estefanía, y el doncel salta las paredes del jardín y se acerca á ella. Con la tremenda cólera de los celos, precipitase Ruy sobre los infelices amantes, y hunde el puñal en el pecho del doncel que cae para jamás levantarse. La camarera que huyó despavorida, temiendo por cierto que su señor la castigaria con la misma crueldad que al doncel, escóndese debajo de la cama de su señora, juzgando este sitio el sitio mas seguro.

Egañábase la infeliz, no era ella á quien su amo buscaba; era á la inocente doña Estefanía que estaba durmiendo con su niño, y con su esposo tal vez soñando.

Entra este en la habitación, llega al hecho nupcial, levanta la ya ensangrentada arma fúidica, y la hunde repetidas veces en el corazón de su esposa.

Cuando los criados abren la luz, vé con asombro Ruy que su esposa está deenuda, lo que era imposible pudiese lograr en tan cortos momentos.

—¡Oh...! ¡Cielos...! exclamó: ¡será otra...!

Registra bien el cuarto, y halla debajo del lecho á la camarera.

—¡ra de Dios! grita Ruy Fernandez pegando en el suelo una fuerte patada que resaca en la habitación; y dirigiendo despues sus ojos á la fria y ensangrentada esposa, y al niño que duerme en el profundo sueño de la inocencia, siente las impresiones mas desgarradoras que espresa mesando sus cabellos, mordiendo sus labios.

La camarera confesó sus debilidades, y Ruy usando de los denigrantes derechos que en aquellos tiempos no pocos señores tenían, mandóla quemar, siendo la desdichada, tan solo culpable de un desliz de amor, siendo su amo el culpable de la muerte por haberse dejado llevar de su ira.

Castigó horribilmente á la camarera, pero él tambien se conceptuó digno de pena, y tras momentos de amargo llanto, vistióse de sayal, puso una soga á su cuello, armó su mano con el puñal asesino, como testigo de su crimen, y encaminóse en

hacia del emperador D. Alfonso su suegro, á quien las crónicas refieren dijo:

—Señor, en siendo casado con vuestra hija, buena señora que era ella según su merecimiento, y por esto me digo alevoso que no teniendo ella culpa, ciega y torpemente la maté.

Refirióse todo, y cuantos presenciaron este caso, sintieron profunda compasión por doña Estefanía, profunda compasión por Ruy Fernandez.

El emperador D. Alfonso, en cuyo corazón abrió dolorosa herida la triste muerte de su hija, sometió el delito de Ruy al parecer de hombres sabios.

Cuando les hubo oído, mandó llamar á su yerno y le dijo:

—Ruy Fernandez el de Castro, yo os doy por bueno é por leal. Este fecho bien parece fué mas caso que otro; y así sois vos sin culpa; mas empero metistes muy gran pesar é muy gran culpa en mi corazón, mas porque era muy buena que porque era mi hija.

Ruy Fernandez salió victorioso en cuantas lides trabara, ya con cristianos, ya con sarracenos; mató al conde D. Manrique de Lara y prendió al conde D. Nuño.

Fray Prudencio de Sandoval, predicador de la Orden de San Benito, que es quien en su crónica de Alfonso VII narra este triste acontecimiento, refiriéndose á historias antiguas dice que el emperador tuvo á doña Estefanía, de una dama llamada Maria, y que no encontró noticia alguna sobre la familia de esta; que el matrimonio de la primera no fué con Ruy Fernandez, sino con Fernan Rodriguez su hijo, y que no se efectuó en vida del emperador don Alfonso VII, sino en vida del rey don Fernando de Leon hermano de doña Estefanía.

EL SOLTERON.

Hé aquí un ente singular y que responde exactamente á alguna de las innumerables anomalías que se suceden en la sociedad.

El solo nombre de ser tan original, escita la rabia en el pecho de las mujeres; y su presencia transforma sus pálidos rostros en dulces y halagüeños.

La mamá, que ha poco improperaba rudamente su recuerdo, le sonríe cariñosa al lado de su hija; y la niña, temerosa de crítico tan severo, procura mostrarse amable, discreta y hermosa. Aquella no cesa de mirarle, y él, comprendiendo su posición, abandona su puesto con frescura; y la mamá se encoleriza y protesta ser cierta su aseveración anterior.

Y en qué consiste esto?

El egoísmo de la mamá no ve en él más que una soltera eterna; y él no ve en el grupo de niña y mamá sino un precipicio horrible.

Quereis saber porqué?

Quiéres conocer, inflexible mamá, el primer móvil de tu agitada pesadilla?

Pues prestadme atención y juzgareis.

Llega el niño á la edad de quince años, y los padres ya ponen su cuidado en sustituir por la graciosa americana el elegante paletó, y el respetuoso y cilíndrico sombrero por la infantil y sencilla gorra. El niño se va haciendo hombre y es necesario que las apariencias convengan con la realidad.

Ya no juega en público, y solo cuando la soledad ó la franqueza de los presentes lo permite, se entrega á los inocentes placeres que tanto le seducen.

Pero en las visitas se mantiene serio, junta las manos, no oye lo que le hablan; pero en cambio se aburre ó mira con afición al ángulo de la sala en donde está su centro; dos nenes formando ejércitos de una caja de soldados, y toma tanta parte en sus juegos, que sonríe (no le permite mas su esta-

do) cuando aquellos sueltan la carcajada, y salta y se restrega en su asiento movido por el iman que le atrae á aquel ángulo.

Aquello ya no es un niño en el sentido de la palabra, puesto que su razón, nula en aquellos, va ya dominando su carácter; pero tampoco es un hombre, puesto que le veis predispuesto siempre á tomar parte en las expansiones infantiles.

El jovencito se halla en esa edad que así como la voz se transforman los hábitos, las costumbres y los deberes.

Aquellos arranques infantiles, aquellas demostraciones de afecto á los goces de la niñez son las últimas oscilaciones de la lámpara de la inocencia, los últimos reflejos del puro sol de la infancia.

Va á abandonar para siempre ese paraíso de sencilla felicidad para penetrar en eso que llaman mundo foco de hipocresía y corrupción.

Va á tomar parte en esa lucha infernal y continua de ambiciones que se rechazan, de poderes que se aniquilan, llevando por escudo un corazón puro y sencillo, y por aprestos ofensivos la inesperienza, el candor, la lealtad. ¡Pobre joven!

Su corazón virgen y noble, lleno de ardor y vida y que solo palpita en el seno materno, se halla hoy dispuesto á entrañar una de esas pasiones que subliman al hombre y le levantan sobre las miserias mundanas, encarnando en su ser una existencia de ángel.

Paseaban Luis y Enriqueta por su pintoresco y florido valle separados algun tanto de sus familias.

Luis y Enriqueta, de quince aquel y de trece años esta, corrían ligeros como garzas para coger cada uno la flor designada.

Al arrojarse casi á un tiempo sobre ella, sus manos se enlazaban para luchar, y sus rostros de grana se encendían más y más á su casual contacto. Enriqueta se estremecía y Luis sentía un placer que le arrojaba.

Al repetirse la escena, Enriqueta sufría con resignación los rudos choques del furibundo Luis.

Este se acostó aquella noche pensando en que no era pesado coger flores con aquella niña, y á poco de dormir luchaba ya con ella por una violeta mustia.

Al levantarse al siguiente día se dolió de que no fuese la tarde en que habian de ir á coger flores.

Por la noche se reunió con Enriqueta; pero esta notó que Luis no la trataba con la familiaridad acostumbrada á pesar de asegurarle él que no tenía nada:

Aquella noche soñó Luis que ella le hacia mala cara, y triste y meditabundo con esta idea salió á la calle al levantarse, y á poco rato y sin saber como, se encontró á la puerta de la casa de Enriqueta.

Esta se mostró por el contrario, muy amable con el que se presentaba á su vista tan tímido, que al preguntarle ella por la causa de su tristeza, el rostro de Luis se encendió, y bajando la cabeza se marchó sin contestarla.

Esto se repitió otros días y Enriqueta, enfadada al fin, le llamó tonto y soso y que le aborrecía.

¿Qué le pasaba á Luis?

El no lo sabía.

Sentía dentro de sí una cosa ignorada y que le producía un malestar intenso.

En su pecho existía un ardor desconocido, y su corazón latía con violencia.

En su cabeza bullían un sinnúmero de ideas confusas é inconexas, que arrobaban su imaginación y entorpecían su juicio.

Pero en medio de aquel océano tan agitado y tenebroso rielaba clara y purísima una luz benéfica: era la imagen de Enriqueta deslumbrante y seductora.

El aliento de esta que se confundió con el de Luis en la tarde de las flores, debió penetrar en su pecho y depositar en su corazón la semilla del amor.

Asentada está en terreno virgen y preparado, no tardó en germinar, y hondas raíces y copudos brazos le auguraron una existencia dilatada y á cubierto de las regulares conmociones.

Luis no lo conoció.

Aquel elemento interior que constituía ya su existencia y nueva vida absorbió en sí, por derecho sin duda del mas fuerte, su imaginación, su voluntad, si todo ser, y aquel niño débil quedó deslumbrado, confuso y prostrado ante aquel poder desconocido y grande.

(Se concluirá.)

BICESCOLA.

NAZARETH Y BETHLEM.

I.

LA CIUDAD DE LAS FLORES.

Del monte Carmelo á Nazareth, hay seis horas de camino por tierra. Primeramente se atraviesa la llanura de Sedreón, que está cortada por el torrente Cison, el cual se precipita en el Mediterráneo, entre Kaiffa y S. Juan de Acra. Luego se empuñan las sendas entre dos cadenas de montañas: y dejando á la izquierda la de Sofari, lugar que se reputa la patria de San Joaquín y Santa Ana, se sube á Nazareth, llamada también «Ciudad Blanca» y «Ciudad de las flores.» No hay muchas flores en las inmediaciones de Nazareth, pero basta que está Ciudad haya sido el vergel donde derramó sus aromas la azucena de los valles, María, para que se justifique aquel poético y dulce nombre.

Nazareth es una población de cinco ó seis mil almas. En tiempo de las Cruzadas hubo aquí un Arzobispo Católico. Actualmente existente en la Ciudad un Arzobispo griego rismático, el cual pertenece, según he oído decir en Jerusalem á Doctor Colt, á esa nueva generación de rismáticos, que habiendo sido educado en Constantinopla y sabiendo el francés, comienzan á avergonzarse de la ignorancia y de la corrupción en que está sumergida su secta. Saliendo yo del monasterio de Santa Cruz, que está situado entre San Juan del Desierto y Jerusalem, encontré á otro de estos jóvenes eclesiásticos griegos, el cual me acompañó largo rato por el camino; y de su conversación deduje que ese puerito de aprender la lengua francesa, es uno de los medios que aprovecha la Providencia para hacer caer las escamas de los ojos de aquellos ciegos. Puede ser que no hayémos al sepulcro, sin ver realizada la predicción del conde de Maistre, á quien se le dijo hacer caso en punto á vaticinios, el cual decía: «Cuando el Catolicismo hable en inglés y francés, se dirá la Misa tanto en San Pablo de Londres como en Santa Sofía de Constantinopla.» En cuanto á la Inglaterra, la conversión de mas de dos mil ministros protestantes y de otros muchos personajes notables, que ha tenido y está teniendo lugar en estos últimos años, ha esperanza de que se cumpla la predicción del gran filósofo y patriarca rismático. Respecto al Oriente, la conversión de la nación húngara, las que se están verificando y preparándose en Andriópolis, donde 55,000 rismáticos se han hecho recientemente católicos, anunciándose que están para hacer lo mismo otros 40,000, y el movimiento que se observa hácia la unidad entre los griegos residentes en Palestina, según me ha dicho el Patriarca de Jerusalem, en cuya secretaría exis-

ten los datos estadísticos que lo comprueban; todo esto tambien indica que no estamos acaso léjos del momento en que la media luna restituya á la cruz, el lugar que la usurpó sobre la admirable posición del Bosforo.

En Nazareth hay un Convento de Padres Franciscanos, presidido por un Guardian español. Desempeñaba este cargo, cuando estuve allí, Fr. Agustín Menéndez, religioso respetable y lleno de tacto, para tratar á los extranjeros. El párroco católico y el médico del Convento, son tambien españoles. El rector de la comunidad se compone de Italianos. Estos padres tienen á su cuidado el lugar donde estaba la casa de la Santísima Virgen, cuya fábrica, como es sabido de todos, fué milagrosamente trasladada primero á Dalmacia y después á Loreto. Sin embargo, quedaron en Nazareth los cimientos; y además como esa casa estaba apoyada en la peña, se distinguen bien el lugar donde se verificó el augusto misterio de la Encarnación. El sitio que ocupaba la Santísima Virgen, cuando se le apareció el ángel, está marcado por una losa de mármol, en la cual brilla al medio una quintupla cruz roja, para testimonio perpétuo de ser el santuario propiedad de los católicos. Es de los pocos que, en todo ó en parte, no les han usurpado en Tierra Santa los rismáticos ó los turcos; y eso gracias en mucha parte, á la piadosa munificencia de la España. Se baja al sitio de la Anunciación, por una escalinata, compuesta de diez y ocho gradas de mármol; y en el fondo, sobre el sitio mismo que ocupaba la Santísima Virgen, está el altar principal. A distancia de dos ó tres varas, una columna rota por el medio, cuya parte superior está suspendida al techo con barras de hierro, señala el lugar en que se detuvo el Arcángel San Gabriel, al pronunciar el divino mensaje. Un poco mas adelante hay, en el mismo subterráneo, dos altares laterales, y sobre el arco de la gruta, se ve un cuadro de la escuela de Murillo, con mármol de plata labrada, representando el misterio de la Anunciación.

Yo he tenido la dicha de celebrar dos veces el de la Santa Misa en este venerable lugar, donde con tanta razón está grabado sobre la piedra:

INC Verbum caro factum est.

¿Cómo olvidar cuando se celebra en este agosto lugar los santos misterios, aquellas palabras del admirable libro de la *Imitación de Cristo*: Siempre que digas ó oigas la Misa debe parecerse una cosa tan grande, nueva y grata, como si en aquel mismo día, por primera vez bajara Cristo del cielo á encarnarse en el virgíneo vientre, haciéndose hombre? (Libro 4.º Capitulo 2.º) Y en efecto, del cielo descendiendo, á la voz del sacerdote, para transustanciar el pan y el vino, el mismo Dios que se hizo hombre aquí, en las entrañas de la Santísima Virgen: Pero ¿qué diferencia entre criatura y criatura; entre la mujer purísima y predestinada, y un hombre miserable é indigno! La condescendencia es, por tanto, infinitamente mayor de parte del Eterno, y en tal caso no puede menos, al contemplarla, de humillarse hasta confundirse con el polvo, apoyando su frente, después de ofrecido el sacrificio, en la cruz que marca el venerable sitio donde el Verbo se hizo carne.

La parte superior de este templo, sin ser un modelo de arquitectura; presenta, si, un aspecto bastante agradable. El altar mayor, está delante del coro y rodeado de un presbiterio con su verja de hierro, al cual se sube por dos escalinatas de mármol; y corresponde, en lo alto, al mismo lugar de la Encarnación. En las dos ábsides laterales hay varios altares bastante decentes. Toda la Iglesia se encuentra suficientemente aseada, lo cual la distingue de la del Santo Sepulcro; pues en esta última, aunque frecuentemente lavan las diversas comunidades el pavimento, muchas veces se nota suciedad por el concurso de peregrinos. Otra ventaja hay en Nazareth, tanto mas apreciable, cuanto que su falta se hace sentir dolorosamente en otros santuarios de Palestina; y es, que correspondiendo este exclusivamente á los católicos, como antes heyo indicado, el culto que ellos tribuyen aquí á Dios y á su Santísima Madre, no está sujeto á disputas, ni á altercados, ni á transacciones humillantes con los rismáticos.

Además de la iglesia principal, tienen los latinos en Nazareth el lugar donde estuvo el taller de San José, convertido en capilla. Esta capilla en los últimos años ha sido reparada y adornada con un buen altar de mármol, por donación del marqués Nicolai. En el centro del frontal hay un pequeño cuadro representado á la Santa Familia; y al rededor de la quintupla cruz de Tierra Santa, se ve esta sencilla, pero instructiva y tierna

leyenda: *HIC erat subditus illis*. En este rincón del globo, el que desde toda la eternidad reina en lo alto de los cielos, con autoridad sin fin, quiso estar sometido, hecho hombre, á dos criaturas humanas; y aquí mismo Jesús, María y José, trabajaban humilde y asiduamente, para ganarse la vida. También celebré yo la misa en esta capilla.

Otra construyen actualmente los PP. Franciscanos, sobre la piedra conocida con el nombre de *Mensa Christi*. Esta piedra casi circular, puede tener cuatro varas de diámetro; y una piadosa tradición indica que sobre ella comió el Salvador con sus Apóstoles, de donde la viene el título con que actualmente se la conoce.

Se continuará.

Al nacimiento del redentor.

¿Qué nueva luz al universo inunda?
Que celestial acento
Vaga en los pliegues del callado viento
y allá en los senos de la mar profunda.
¿Por qué sus rayos la naciente aurora
Plácida al mundo envía
Cual nunca en este día,
Y las florestas dora
Con misteriosa luz que las colora?
¿Por qué el eco resuena
Del alegre cantar del pueblo entero?
¿Qué anuncia con suspiro plañentero
La brisa que serena,
Entre las hojas murmurando ansias?
¿Por qué anubla la frente del tirano
El himno universal que llena el mundo,
Y tiembla el centro en su impotente mano?
¿Qué misterio profundo
A su bastardo corazón inspira
Aterrorador espanto?...
Y ¿qué predice el misterioso canto
De esa voz inmortal con que suspira
La fuente en la enramada
Y el aura que la riza enamorada?
Escúchase el quejido temeroso
De un mundo en su agonía,
Y otro mundo, otra luz, otra armonía
Nacen del polvo del mortal celoso.
Y es que llegó su día á las naciones
Que al vicio y la soberbia alzaron templos:
Desbandadas huyeron las legiones
Que un día en son de guerra
señoras se aclamaron de la tierra.
Y es que el hombre verá su propio hermano
En quien antes hallaba esclavos sólo;
Y á su potente mano,
Y á su robusto acento
Romperá las cadenas opresoras
Del vil orgullo de poder sediento:
Y en mas tranquilas horas
Libre será cual es su pesameñtor:
Y es que luce en Belén astro radiante
De *Paz* y de *Igualdad*, iris fugazte,
A cuya luz el universo sienta
Nueva vida de amor y de dulzura;
Voz que resuena en la celeste altura
Y nos dice con ecos solomhumanos
Amáos con mi fé, que sois hermanos.

E. Llofrin y Sagrera.

NACIMIENTO DEL HIJO DE DIOS.

«Hay días en que es no solo un deber, sino una generosa necesidad para los hombres de acrisolada fé, el levantar los ojos y la inteligencia á regiones mas elevadas, mas angustas, mas grandiosas que aquellas donde nuestro pensamiento gira de ordinario, y donde á todos es forzoso moverse para bien de todos. Hoy es uno de esos días: el mundo, la sociedad cristiana, se asocia con una misma creencia, con un mismo fervor, con una misma espiritual alegría, al santo regocijo con que el amor de nuestra religion cele-

bra la memoria de el nacimiento del hombre Dios en aquel día precursor del que alumbró el sagrado sacrificio del Calvario.

Este día, este universal y piadoso regocijo son la eterna herencia de la sociedad cristiana. Los años, los siglos pasan con sus trastornadoras conquistas, con sus dolerosos triunfos, con sus memorables catástrofes; cuando este día llega, la sociedad de hoy es la de ayer; la familia de hoy es la familia de ayer; el hombre social que ha aceptado y consumado transformaciones que lo separan científica y moralmente de las generaciones que le han precedido, se siente, sin embargo, ligado por un lazo misterioso y fecundo al recuerdo de aquellas generaciones; su casa, sus hijos, le ofrecen en este día la misma dulzura, el mismo conmovedor y gozoso aspecto que ayer le ofreció la casa de sus padres; es, en fin, el hombre cristiano, es en fin la familia cristiana, el hogar cristiano, la fé, la civilización cristiana que hablan en nuestros corazones con sus inspiraciones inmutables, con su eterno y bienhechor influjo, con sus venerandas creencias.

¡Ah! tributemos también por nuestra parte el óbolo modesto y pobre de nuestra inteligencia al sentimiento universal que hoy rige el corazón del mundo, y apartando por un instante nuestros ojos de todas las amargas miserias, de todas las acaso forzosas desventuras en cuyo seno se resuelve hoy el problema del porvenir de nuestra patria, recordemos breve, pero provechosamente lo que hoy debemos recordar ante todo.

Hace veinte siglos, la humanidad sentía un horrible vacío en su corazón; vacío que le enseñaba las páginas de su historia; vacío que le amenazaba en su porvenir; vacío que llenaba su pasado, que le abrumaba en su presente, que la hacía desesperar del futuro: este vacío era el que debía llenar la verdad suprema, la verdad religiosa. Muchas y muy grandes y muy soberbias civilizaciones se habían sucedido sin pronunciar esta verdad, sin señalarla, sin anunciarla, y la humanidad sentía á su pesar la voz misteriosa de su conciencia que le demostraba lo infecundos, lo inútiles, lo esencialmente pequeños que habían de ser sus progresos hasta el día venturoso en que esa verdad les sirviera de punto de partida.

El hombre social que había salido del paria, de la tribu, que había constituido grandes imperios, grandes organismos nacionales, no tenía mas que el presentimiento de la libertad y la ferocidad de su presentimiento. Grecia heredaba al Asia; Roma heredaba á Grecia; pero la fuerza compartía en el seno de los imperios que fueron dueños del mundo, el valor y la influencia regeneradora de un derecho inmutable, universal, imperecedero. La esclavitud, la abyección intelectual y moral de la mujer, el materialismo en el arte, eran reminiscencias de la primitiva, de la tradicional barbarie. Había todavía mucho que vencer, mucho de que triunfar, y sin duda, era lo esencial lo que faltaba cuando la inteligencia de los antiguos siglos se declaraba impotente para conquistarlo.

¿Y no lo había de ser! Lo que faltaba era una obra divina, y solo una divina voluntad, solo una manifestación divina podían repararlo; y esta manifestación fué el cristianismo, fué la voz de aquel que viene á nacer humildemente para enseñar á humildes y soberbios, aquella voz que erigió un trono imperecedero en el corazón humano, á la caridad, á la resignación, á la esperanza, á la castidad, á la virtud.

Sonó esta voz; los ídolos de todos los sensualismos, de todos los paganismos, de todos los errores la oyeron, y cayeron entre sombras y ruinas para no levantarse jamás. Sonó esta voz; y el hombre supo que tenía un alma inmortal, que su verdadera patria no era esta en que vive aprisionado por las cadenas de la pasión y del dolor; sonó esta voz, y el espíritu divino, emanación de un cielo, principio esencial de la naturaleza humana, tuvo conciencia de sí mismo; sonó esta voz y el hombre inteligente vió rota para siempre su histórica y sombría crisálida. La verdad religiosa había descendido al hombre redimido; el porvenir del hombre social había encontrado el secreto verdadero de su bienestar y mejoramiento progresivos.

Esa verdad ha sido el punto de partida de la historia del hombre moderno; esa verdad es la que nos habla con la voz

de los apóstoles de los mártires, de sus primeros y mas gloriosos adalides. Por esa verdad recibe el mundo del pasado, la antigua sociedad, y nace entre las sombras de los siglos medios el principio de las modernas nacionalidades, cuya suerte fué un día confiada á los irouos que consumaron la obra de su unidad, de su definitiva constitucion, y cuyo porvenir está hoy confiado al equilibrio de ese principio de autoridad en el pasado y al de las grandes fuerzas que la conciencia popular le asocia.

Esa verdad, en fin, es la que se respira en nuestro presente, es la que forma por si sola el grandioso panegirico, el himno de legitima alabanza que se alza á si misma la sociedad moderna, madre de la verdadera libertad, co-redentora de la mujer, esa áncora preciosa de la familia en el mar de la vida, y creadora del arte que tiene á su vez el principio de la espiritualidad por inspiracion y por guia.

Y cuánto no debe á esa verdad cristiana nuestra España, que nació á su regenerador aliento, que se constituyó á su sombra con los Recaredos, los Alfonsos y las Isabelas, que luchó sola durante siete siglos por ella y con ella para la salvacion de la Europa, próxima á ser dominada por el islamismo; que llevó en fin, esa verdad al nuevo mundo, al mundo del porvenir, cuando oyó al genio de Colon anunciando y señalando entre los brumosos desiertos del Occéano! ¿Cuánto no debe á esa verdad la nacion magnánima, vencedora un dia en Lepanto, y vencedora ayer en Africa.

Pues bien; hoy es el solemne dia en que todos debemos recordar que nuestra patria lo debe todo á la verdad cristiana, y en que todos debemos desear, con el corazón, que nunca, nunca dejen de ser el espíritu cristiano, la moral cristiana, la civizacion cristiana, el móvil de nuestra regeneracion, del esplendor de nuestras caras instituciones, el sostén de nuestra fé monárquica, el magnífico y providencial instrumento que prestará solidez y creciente arraigo al árbol de nuestra libertad constitucional.

Hemos sido desgraciados. Ni el 14.520, que era el medio billete en que llevaban participacion los que tomaron las papeletas de Navidad, ni los dos medios billetes números 8.554 y 4.571 que tenían en participacion los suscritores de año, ninguno ha obtenido premio. Otro año será.

COMPANIA DE LOTERIA.

Los que teman acciones en la compañía de los diez billetes para el sorteo del 25, han obtenido dos premios de 500 duros en los billetes números 9.422 y 9.424, por consecuencia han correspondido las acciones á cien reales, las medias 50 y los cuartos de accion á 25. Cuyas cantidades están á disposicion de los interesados, y para cobrarlas hay que acompañar el documento que acredita la participacion.

Acompañamos dentro de nuestro Semanario el prospecto que ha de regir para el año venidero de 64, porque concluida la Navidad, el anterior no podia ser subsistente por tener bases que se referian á época determinada.

Rogamos á nuestros corresponsales nos envíen listas de las personas que tomaron las papeletas de los nueve regalos para remitirles el periódico y los números para los regalos ordinarios del 30 de enero, segun tenemos ofrecido, siendo indispensable la mayor brevedad para cumplir nuestros deseos.

LOTERIA MODERNA.

En la imposibilidad de dar entera la lista de la loteria del 25, tanto por su mucha estension, quanto porque los operarios no trabajan en estos dias, damos los sesenta premios mayores de dicho sorteo que son los siguientes:

NUMEROS.	PREMIOS.	NUMEROS.	PREMIOS.
3224	50000 ps. fs.	5025	2000
10188	100000	4724	2000
11005	50000	22872	2000
27007	20000	10425	2000
11567	20000	29646	2000
5771	10000	45482	2000
715	10000	25086	2000
29547	10000	11860	2000
19574	10000	5557	2000
8016	10000	4535	2000
25754	10000	4852	2000
21290	10000	21097	2000
17849	10000	35007	2000
20990	10000	8524	2000
16257	10000	21698	2000
24085	5000	12221	2000
20851	5000	5677	2000
5547	5000	14456	2000
18510	5000	16717	2000
7748	5000	45012	2000
11575	5000	20640	2000
29950	5000	17909	2000
22551	5000	24975	2000
16500	5000	915	2000
25707	5000	5478	2000
18544	5000	26459	2000
21516	5000	15696	2000
18401	5000	24867	2000
14452	5000	9955	2000
26569	5000	22487	2000

NOTA. Los 9 premios de 1.000 ps. para cada uno de los nueve números de la decena del premiado con 500.000 pesos fuertes han correspondido á los números 5221, 5222, 5223, 5225, 5226, 5227, 5228, 5229 y 5250, y los 9 de 400 ps. para cada uno de los nueve números de la decena del premiado con 100.000 ps á los números 10181, 10182, 10183, 10184, 10185, 10186, 10187, 10189 y 10190.

Las dos aproximaciones de 1000 ps. fs. han correspondido á los números 5225 y 5225; las dos de 700 á los números 10187 y 10189, y las dos de 500 á los números 11002 y 11004.

CUADRO SINOPTICO

De la competencia y principales procedimientos del Tribunal Supremo de Justicia, por D. José Rivera y Vazquez, abogado del ilustre Colegio de Madrid. Tiene mas de una vara de largo por tres cuartas de ancho, á 8 rs. en Madrid y 12 remitido á provincias.—Se vende en la imprenta de *El Madrileño*.

REPUTACION DE ALGUNOS ERRORES SOBRE EL PONTIFICADO, por Luis Veullot, traducido por Vildosola. 8

COSMOGONIA DE MOISÉS, comparada con los hechos geológicos, por Mr. Marcel de Serres, y traducida y dedicada al clero, tres tomos. 50 rs.

Editor responsable: D. José Sanchez.

Imprenta de D. José Morales y Rodriguez, Hortaleza, 123.



